

Cristianismo: ¿camino de humanización?

Regil Vélez, José Rafael de

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/477>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

CRISTIANISMO: ¿CAMINO DE HUMANIZACIÓN?*

José Rafael de Regil Vélez**

Agradezco la invitación participar con ustedes de las reflexiones que se van tejiendo en torno a lo que soy, lo que hago, lo que espero. Me convocaron para hablar en el bloque temático Lo religioso, ¿camino de humanización? y me pidieron la conferencia “Relación con Dios, experiencia de humanidad”.

En virtud de lo que vivo hablaré de la religión cristiana, especialmente a partir de mi experiencia como miembro activo en la Iglesia Católica Apostólica Romana (más adelante podrán escuchar el testimonio de un católico ortodoxo). Esto no quiere decir que desestime otras religiones. Es más, creo que las hipótesis que postulo sobre la irrelevancia de lo religioso hoy, entendido como institucionalización de la fe, valen para prácticamente cualquier confesión de fe seriamente estructurada. Dígase lo mismo de lo que señalaré sobre la importancia antropológica de la experiencia de Dios, más allá de su aparente importancia —o falta de ella— en la cultura contemporánea.

Reconozco la importancia de cosas fundamentales que ha encontrado la fenomenología de la religión. Sin embargo, por la naturaleza de las reflexiones que quiero compartir debo escoger una óptica y diré la que tiene que ver con lo que los míos y yo hemos encontrado en la vida.

Primero hablaré de qué sucede cuando la fe religiosa y sus expresiones se convierten en un mero patrimonio cultural; después señalaré porqué vivir humanamente supone una perspectiva de fe y qué quiere

* Conferencia pronunciada en el Foro Internacional sobre Humanismo, realizado en Santiago de Querétaro, Qro., Méx., del 12 al 15 de octubre de 1999.

** Coordinador de Pastoral Universitaria, UIA-GC.

decir eso; posteriormente señalaré lo que personalmente he encontrado de humanizante en la experiencia inculturada del seguimiento de Jesús de Nazareth, gran aporte para la crisis de época en que vivimos.

De cómo lo religioso ha devenido en irrelevante para nuestra cultura

Hoy tengo la fortuna de dedicarme a ser a través del trabajo pastoral profesional; en otras palabras, trato de vivir mi vida como un profesional del compartir con mis contemporáneos la buena noticia que un día me fue regalada y que cambió mi manera de ser, de mirar el mundo, de querer. Y como todos lo que andan caminos parecidos a los que recorro, me encuentro con un primer dato que no puedo dejar de lado: si levanto los ojos con honestidad veo que eso de “vivir la fe viene a resultar cosa aislada del tejemaneje diario”.¹

Qué significa ser religioso en nuestros días, independientemente del fin de milenio y cosas de esas que hoy están de moda, no es algo evidente para la mayor parte de la población, ni siquiera en el nivel meramente ritual. Basta ver cualquiera de las misas diarias que ofrecen capillas y parroquias, incluso las misas dominicales, para comprender que atrás quedaron los días triunfalistas en los cuales se hablaba de multitudes en las iglesias (yo todavía no sé si existieron).

La experiencia de mirar la vida con los ojos de Dios y desde ella aventurarse a pensar, sentir, querer, actuar Diosmente, tampoco es algo que uno encuentre a cada paso.

¿Qué es lo que ha pasado? Aventuro una hipótesis, que es la de muchos otros con quienes he conversado de viva voz o través de las letras: la fe religiosa no es más el producto de una mera situación cultural. Me explico.

Hace mucho tiempo en los países mayoritariamente cristianos creer en los cauces de la propia religión era algo común: las personas nacían en el seno de familias que se autoproclamaban cristianas; desde chicas iban al catecismo, hacían la primera comunión, religiosamente asistían

¹ Tornos, Andrés, *Cuando hoy vivimos la fe. Teología para tiempos difíciles*, San Pablo, Madrid 1995, 25; cfr. de Regil, Rafael, *Sin Dios y sin el hombre. Aproximación a la indiferencia religiosa*, Universidad Iberoamericana, México 1997.

a misa cada ocho días, se casaban por la Iglesia y morían confortados con los últimos sacramentos (eso decían las esquelas de los periódicos).

La vida personal se regía dentro de un marco moral más o menos cristiano, aun cuando no pocos se permitieran alguna que otra canita al aire. La autoridad de los obispos, los sacerdotes y las religiosas y religiosos “en cuanto a doctrina y costumbres” era algo totalmente incuestionable y no había familia en la que alguna conversación no hiciera alusión a figuras tan importantes. Como el médico de cabecera, para muchos había algo así como un “cura” de cabecera: director espiritual, confesor, quien celebraba las ceremonias especiales, etcétera.

Y qué decir de los gloriosos tiempos de movimientos como Acción Católica, que contaban con vigorosas secciones juveniles y hasta estudiantiles.

Hoy el panorama es diferente. No digo que por ningún lado se vea algo de todo lo anterior que he dicho, sólo que si uno hace una encuesta de calle en prácticamente cualquiera de las ciudades de nuestro país, y se es un poco honesto en admitir los resultados, encontrará que para la inmensa mayoría el asunto de la religión es algo realmente secundario en la vida.

Esto que vemos no sólo en nuestra ciudad² sino en muchos países, sobre todo de los llamados occidentales, es resultado de un proceso de unos cuantos siglos en los cuales se fue creando una cultura³ cuyas explicaciones últimas fueron prescindiendo más o menos de los elementos religiosos que articularon prácticamente todo el medioevo.

En otras palabras, en la Edad Media —en la cristiandad— todo, absolutamente todo, tenía que ver de alguna forma con Dios, al menos como lo concebían los medievales: el fundamento de la autoridad, el sentido del tiempo, la lógica de la vida social, los momentos de vida familiar, la concepción de la economía. Hoy lo religioso ha pasado para muchos a lo estrictamente privado o ni eso. La autoridad se explica por

² Hoy se discute si el panorama presentado es “privilegio ciudadano” e inexistente en el campo y las zonas populares. En lo personal concedo cierta razón a quienes esto señalaban, pero también veo procesos acelerados de “desreligionización” allí donde van llegando los medios de comunicación social, el impulso del consumismo y cosas como la migración.

³ Por cultura entenderé, con José María Mardones, “los canales o matrices a través de los cuales nos llega a cada individuo y colectividad determinada el sentido o significado orientador para la vida”, “Condiciones culturales de la reconfiguración de la creencia”, en *Frontera* 10, abril-junio de 1999. Sobre la configuración de la cultura moderna, cfr. González Carvajal, Luis, *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Santander, 1990.

un pacto social o de alguna otra forma; la vida política, como la económica tiene sus propias leyes, los códigos morales aceptan elementos inspiradores de aquí y de allá.

Más que un olvido, una sospecha

En un complicado proceso histórico —en el cual confluye el descubrimiento de las ciencias, el nacimiento de las actuales ideologías, la gran transformación de la economía que desembocó en el capitalismo salvaje del siglo pasado, más o menos como el nuestro; el surgimiento de los medios de comunicación— se fue gestando un juicio que se volvió parte integrante de la cultura occidental. Como señala el teólogo Olegario González de Cardedal:⁴

Ella [la afirmación contenida en el inicio del número 19 de la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, del Concilio Vaticano II] tiende a esclarecer y a superar este gran juicio previo, prejuicio o convicción enraizada en la cultura del último siglo: *el cristianismo es una religión que tiene a la mayor gloria de Dios, que se cobra y paga a costa de la menor gloria del hombre*. Se le acusa al cristianismo de reafirmar que el mundo tiene su centro en una realidad futura que vendrá y no en la realidad humana ya presente; que la libertad en última instancia no es posible mientras no sirva a Dios, su señor; que nada en la historia es consistente ni puede reposar gozosa y definitivamente en sí mismo, porque todo ha sido hecho para Dios, que es quien de verdad lo degusta y usufructúa; [...] que, por tanto, el hombre no es ni fin ni causa últimos, sino puro medio e instrumento, lo que significaría la suprema degradación y enajenación.

Muchos hombres y mujeres de los llamados “modernos” sospechaban que pudieran realizarse como seres humanos si Dios estaba presente. Él era el gran estorbo para que la humanidad asumiera su aparente adultez, lograda por la irrupción de la razón científica instrumental, la voluntad de emancipación y arrastrada tras de sí por el mito del progreso conducente al bienestar, que difícilmente llegará si se abandona el mundo en las manos de los teólogos.

⁴ *La gloria del hombre. Reto entre una cultura de la fe y una cultura de la increencia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1985, p. 33.

Desde diversas trincheras se comenzaron a escuchar invitaciones para que las mujeres y hombres se olvidaran de ser ciudadanos del más allá y se comprometieran en la construcción del más acá; para que se convirtieran de teófilos en filántropos.

Al tiempo que la realidad entraba en un proceso de autonomización que relegaba lo religioso a lo meramente privado —es decir, se secularizaba— apareció el fenómeno que más de uno ha llamado humanismo ateo,⁵ y cuya existencia ha permeado muchísimos aspectos de nuestra cultura.

Fueron siglos en los cuales la realidad comenzó a tejerse dejando a Dios de lado. A tal grado que en una revisión del panorama de la sociedad y la cultura de la Europa de final del siglo XIX, Nietzsche anunció con cierto carácter profético: Dios ha muerto.⁶ Como que todo invitaba a que el ser humano se responsabilizara de esta acción y creara un mundo con sus propias lógicas, lejano de la cristiandad medieval.

Otras lógicas para articular la existencia

Se dieron nuevas explicaciones de la vida, surgieron nuevas propuestas para resolver los asuntos humanos. Por una parte, para lo relacionado con la vida económica y la vida diaria se ha preferido una lógica de corte científico-tecnológico y técnico. Desde entonces resolvemos nuestros problemas cotidianos confiando en la ciencia o en sus aplicaciones tecnológicas, más que en lo que el padre de la parroquia de la colonia nos pueda decir cada domingo.

Los asuntos político-sociales son explicados a partir de la organización del Estado moderno y la democracia. El derecho se ha vuelto de alguna forma el aglutinador de la vida social y cada uno va asumiendo sus propios roles, derechos y obligaciones a partir de éste. No en vano en los conflictos sociales se apela al “Estado de derecho”.

En el terreno de los pensamientos, de los criterios éticos y lo que muchos llaman valores se apela al pluralismo. Con la irrupción de los medios de comunicación hemos quedado de pronto expuestos a múltiples usos y costumbres, diversas visiones del mundo. Se es consciente

⁵ Cfr. De Lubac, Henri, *El drama del humanismo ateo*, encuentro...

⁶ *Así hablaba Zaratustra*.

del multiculturalismo. ¿Quién pensaría hoy que el mundo es sólo como lo miran en el pueblo donde tal vez crecieron nuestros antepasados?

En mucho la visión de la vida se ha ido haciendo funcional. Es más o menos comúnmente aceptado mirar la realidad desde el punto de vista de los medios adecuados para lograr un objetivo, aun cuando nadie discuta si el objetivo es pertinente. Por doquier se habla de eficacia, utilidad, rentabilidad. De la misma forma, todo tiene que pasar por lo tangible, lo que aparece, o debe ser conseguible en el estante de una tienda, el servicio de telecable o la conexión a la red.

En cualquier caso las creencias no responden más a las tradiciones. No se es cristiano —o sí— tan sólo porque mis abuelos lo fueron, o porque los padres o las religiosas de mi escuela primaria o media lo son.

Con la irrupción de los medios de comunicación conocemos diversas culturas, diversas tradiciones y nos damos cuenta que las de cada quien son tan sólo unas más al lado de otras... ¿puede fácilmente alguna enarbolar la bandera de ser “la mera mera”?

Además, en el trajín de cada día hay poco lugar para lo que implique mirar más allá de lo inmediato y que pueda ser “palpado”. Pareciera que la de hoy es una sociedad “ciega para el símbolo”.⁷ Cada vez es más difícil conocer las dimensiones de profundidad de la realidad que tienen que ver con lo simbólico, con lo narrativo, con lo evocativo.

¿Lo de Dios, algo meramente tradicional?

Hace tan sólo un siglo no faltaba quien se imaginara que la llegada del hoy tan mentado nuevo milenio iba a saludar a la humanidad libre ya “de las ataduras alienantes de la religión”. Y se anunciaba lo que hoy vivimos. En el horizonte actual campea la indiferencia religiosa, que tiene que ver en mucho con la indiferencia por cosas que vayan más allá del *voucher*, la escalada laboral y sortear las tormentas financieras. Lo religioso se vuelve un mero dato cultural, de museo; o un conjunto de palabras propias de nuestro vocabulario pero que han perdido

⁷ Mardones, José María, “Raíces sociales del indiferentismo moderno”, en Gómez Caffarena, José; Mardones, José María, *Atéismo o indiferencia religiosa*, Universidad Iberoamericana, México 1999. También el artículo previamente citado.

la referencia a lo que les dio sentido profundo. Tal vez sean ritos necesarios para la vida social, pero quién sabe si algo más.

Por otra parte, cada vez se ven búsquedas que intentan apagar la sed de algo más. Muchas y muchos no se conforman con que todo sea funcional, pragmático. También hay en los pasillos de la universidad o de la fábrica personas que cuando van a la librería pasan tiempo revisando los títulos de las cada vez más amplias mesas de temas religiosos y esotéricos. Ni qué decir de los programas de la radio dedicados a tal temática.⁸

Con el ir y venir de información de nuestra época, con la conciencia que más o menos tenemos de la historia, queda claro que ya no son las tradiciones las que portan cosas como lo religioso. Dicho de otra forma: el hecho de que hoy las personas sigan llevando a los niños a bautizar y se casen por la Iglesia no quiere decir automáticamente que profesen una fe religiosa, que su vida entera se articule en torno a lo de Dios. Ya no resulta suficiente que todo mundo se diga religioso para que cada uno de nuestros contemporáneos se asuma como tal. Sobre todo porque son más las nuevas tradiciones que se van tejiendo en nuestra cultura en las cuales lo divino no tiene ni el menor lugar.

Hace muchos años, cuando alguien quería hablar de Dios con otra persona que no necesariamente partiera de los mismos conceptos religiosos, se acostumbraba argumentar a partir de los datos que la naturaleza nos da: se hablaba de un motor inmóvil, de un supremo ordenador del universo, de una causa incausada. Se pretendía mostrar la necesidad de un ser absoluto, creador de todo, a quien las mujeres y los hombres acostumbraban llamar Dios.

Esta forma de razonar sigue siendo válida, según mi forma de ver. Sin embargo, también me parece que para la sensibilidad del hombre moderno aparece como algo de curiosidad científica, parecido a hablar de los hoyos negros: existen, están allí succionando materia, posiblemente cercanos a nuestra galaxia, pero no tienen que ver con la vida diaria.

⁸ Sobre los temas del nuevo despertar religioso y de la indiferencia religiosa, las universidades del Sistema UIA y el ITESO han publicado tres textos que corresponden a los números 1, 4 y 9 de la colección *Cuadernos de Fe y Cultura*. Hay allí amplias explicaciones y algunas reflexiones que pueden ser interesantes para los miembros de nuestra comunidad universitaria.

La experiencia de nuestra época está llena de desencanto; se presenta más bien pesimista, desilusionada de las grandes promesas modernas del bienestar, de la adultez, de un mundo más humano.⁹ El asunto de Dios sigue pareciendo curiosidad intelectual, porque se le sigue viendo como extrínseco a lo que se es y lo que se vive en la casa, el trabajo o con las amigas y los amigos.

El conocimiento científico, que por mucho tiempo pareció ser el único válido, ha mostrado sus límites para explicar las cosas profundas que tienen que ver con el porqué y para qué de la vida, más que con sus cómo. La reflexión filosófica está volviendo a ocupar su lugar en el panorama del pensamiento actual.

El aporte que el método fenomenológico ha hecho a la filosofía ha permitido plantear el asunto de Dios desde otra perspectiva:¹⁰ cada ser humano ha venido a este mundo con el llamado y la tarea de volverse persona, con los demás, por los demás y para los demás. No está hecho y debe darse ser. Hay en él una serie de dinamismos que le provocan dar pasos para afirmarse como ser; pero su andar requiere tener un sentido de vida claro, definido, de otra forma deambula por la existencia con la sensación de vacío, de indiferencia, de que nada vale la pena.

Caminos de Dios, caminos humanizantes

Cada una de las dimensiones de la existencia está confiada a la responsabilidad de la persona. Y los tiempos de esquizofrenia que vivimos llaman la atención en torno a que debe haber no una idea que articule la vida sino un encuentro personal y personalizador, humano y, más que humano, que aglutine las dimensiones de lo que cada uno es y lance a rutas de crecimiento: un núcleo humanizante. Encuentro plenamente encarnado pero que trascienda hacia rumbos de plenitud.

De este encuentro depende que uno continúe caminando cuando las seguridades de las tradiciones y de la cultura han sido puestas en en-

⁹ Este talante, al que muchos llaman posmodernidad, está en la calle antes que los libros. Un excelente estudio sobre cómo vivir religiosamente en ella está en Martín Velasco, Juan: *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, Universidad Iberoamericana, México 1997.

¹⁰ Cfr. Alfaro, Juan: *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios*, Sígueme, Salamanca 1997. En este texto el autor muestra desde la antropología filosófica cómo todos los dinamismos humanos apuntan hacia Dios.

tedicho; de este encuentro depende no perder el norte en un cambio cultural y epocal como el que hoy vivimos. De este encuentro depende la resignificación de los tan traídos y llevados valores, que están intrínsecamente relacionados con el fundamento de la existencia que debe ser el otro, y el Otro, con mayúscula.

El problema religioso no es externo a cada uno, sino tan interno que de él depende que uno avance buscando nuevas oportunidades para ser humano, para crear la fraternidad que el corazón busca en un mundo de frío individualismo. Humanización y religión no se contraponen, al contrario, se suponen como dos facetas de un mismo proceso de ser persona, de *jugarse la vida*.

Caminos de Dios, caminos de humanización. Sendas que nacen en la interioridad de la persona y más allá de ella, en los otros y lo Otro; sendas que lanzan a nuevos horizontes. El teólogo italiano Ricardo Tonelli dice que la fe es poseer razones para vivir.¹¹ No se trata de conocer un conjunto de verdades sino de una experiencia personal en relación con el proyecto global de existencia que propone lo que se puede llamar una doctrina de fe, y que es transmitida como la narración de un encuentro que hace que la vida valga la pena.

Se trata de la historia de una persona —o una comunidad— que ha encontrado como un tesoro el dinamismo para vivir y esperar. Y llegado el momento entregan a otros eso que tiene que ver con su gran pasión por la vida, y de lo cual dan testimonio con la integridad y la integrabilidad de lo que ellos son con, por y para los demás. Comparten una esperanza ilimitada que supera las desilusiones de la vida y la impotencia ante la muerte en un amor apasionado que construye.

Vivir sumergidos en el Misterio

Es verdad que lo que tiene que ver con el Misterio —Dios, si se gusta— está en crisis; pero no menos cierto es que la dimensión religiosa de la persona brota de lo que ella en lo profundo es y no de convenciones sociales o articulaciones culturales. Y la tarea de humanización en la cual lo religioso tiene sentido nos lleva a la pregunta: ¿Cómo acompañar

¹¹ *Vivir de fe en la vida diaria*, CCS, Madrid 1992.

caminos de libertad en los cuales lo de Dios también tenga una palabra, pero que sea humanizante?

No alcanzo a distinguir del todo con claridad las razones, pero me parece que a nuestro alrededor se ha invertido demasiado tiempo en mostrar la importancia de los rituales religiosos y su aparente correspondencia con la forma de vida de cada quien, lo cual supone el manejo de un tinglado conceptual que muestre un todo coherente, pero las más de las veces alejado de lo profundo de la existencia de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

Hoy —me imagino que como en ayeres no tan lejanos— se puede ser experto en ritos, dogma y moral sin haber mucho Dios de por medio. Y a muchos eso no les interesa.¹²

José María Mardones señaló recientemente en Puebla que uno de los signos de la sensibilidad actual es que muchas y muchos buscan hacer experiencia del Misterio, más allá del “acartonamiento y desecación ritualista o burocrática de la religiosidad”. Se dio tan excesiva importancia a la catequización y al cumplimiento extrínseco de normas, que para muchísimos más parece que Dios pasó de lado.

Hoy urge una pedagogía del acompañamiento que introduzca en el Misterio revalorando la importancia de lo estético y lo simbólico. Hay que crear algo así como una atmósfera apropiada para que lo misterioso se “pasee” por nuestras ciudades, nuestros trabajos, nuestros procesos sociales, nuestros hogares.

Se trata de que las mujeres y los hombres seamos y actuemos de tal forma que lo que da sentido a nuestra vida sea percibido en las minucias de lo cotidiano. Este acompañamiento deberá ser tejido de afecto, de ganas de compartir el tesoro hallado en la más llana firmeza humilde.

Hablar del Misterio, vivir en él y de él, si bien es una tarea a la cual se llega por vía de afecto y símbolo —con relaciones interpersonales cálidas, música y expresiones plásticas y gráficas—, supone mantenerse atento para no conceder carácter unívocamente misterioso a cualquier cosa que nos emocione, como con frecuencia sucede en muchas partes donde prácticamente todo puede tener carácter de divino: el

¹² Cfr. Castillo, José María: *Símbolos de libertad*, Sígueme, Salamanca 1985⁴. En este texto dedicado a la teología de los sacramentos, el autor muestra cómo la experiencia de encuentro personal —mediado por la comunidad y la cultura— que se da con Dios antecede a cualquier manifestación ritual, dogmática o moral. Sin lo primero lo segundo se vuelve, incluso, alienación religiosa.

deporte, el idolo musical del momento, la política, el cuerpo, las relaciones genitales...

De allí la importancia de una seria reflexión teológica que facilite que “todo concepto o representación del Absoluto esté condenada a ser permanentemente criticada o rota a fin de no incurrir en idolatría”. Se trata también de evitar “los concordismos fáciles y los eclecticismos ecumenistas sin calado, tan al uso de nuestro final de siglo”.

Al mismo tiempo, lo religioso ha de pasar hoy, “como ayer y siempre”, por el camino de las personas, entendiendo del ser humano antes que desentendiéndose de él. El riesgo del espiritualismo es latente: salirse del desdeñado más acá para refugiarse en el anhelado más allá. Su aceptación sería la contradicción clara de ser humanos en una existencia integral. Dígase lo mismo de la relación con la naturaleza, camino de acercamiento al Misterio, que en ella tiene su “habitáculo”.

Vivir en y desde lo religioso supone una opción clara: ser en comunidad, dimensión fundamental de lo humano y por ello de lo re-ligado. Comunidades en apertura que sean el clima propicio para el crecimiento de las personas “y su conciencia en la responsabilidad, no en el entreguismo o la supeditación”. Comunidades en fiesta que sea la anticipación de la plenitud, que ya hoy se experimenta al saberse y serse vivo en lo humano. La existencia integral, también religiosa, es festiva y crea condiciones de posibilidad para la experiencia profunda que se encuentra en la irrupción de lo simbólico en los espacios “meta-cotidianos” de la fiesta.

Vivir humana y religadamente supone también un camino de formación permanente, de revisión crítica de la experiencia de Absoluto que se anime a salvar los desafíos de la apologética para sumergirse en la razonabilidad del misterio humano: espíritu crítico con sensibilidad mítica-simbólica, una exégesis que no se queda sólo en las propuestas crítico-históricas, sino que se pregunta por su significado y asume las poderosas imágenes arquetípicas que vehiculan los textos sagrados. Imágenes y mensajes terapéuticos y sanadores para un ser humano angustiado, miedoso y sin horizontes en esta hora de cambio de milenio.¹³

¹³ Mardones, José María, *Desafíos del cambio de época a la espiritualidad, al lenguaje y a la expresión religiosa*. Conferencia dictada en Puebla en el marco del foro “Interioridad y crisis del Futuro humano”, junio de 1999.

Vivir en y desde lo religioso supone entender que esto es, ante todo, un camino de humanización abierta, trascendente más allá de la alteridad sobre la base de la Alteridad, con mayúscula. Hay que crear las condiciones de posibilidad para que esto sea evidente, más que en el discurso en la manera de asumirnos personas re-ligadas. Esto depende de la calidad humana de cada uno y es prenda de la misma calidad de vida que hemos decidido buscar con pasión, cuando las certezas de la modernidad han caído hechas pedazos.

¿Andar por la vida confesando a Jesús?

Cristianismo, ser cristiano, son palabras que suscitan reacciones al menos de precaución en muchos lugares, incluidas instituciones confesionales de educación. Parece que cuando decimos “queremos vivir cristianamente” la gente espontáneamente pensara en imposición, adoctrinamiento, dogmatismo, pérdida de libertad, ahogamiento espiritual. Y las biografías de muchos deben guardar tristes recuerdos de pasados de cristiandad, no sé si de cristianismo.

En cualquier caso, ¿cómo ser cristiano cuando unas y unos parecen vivir como si lo de Dios no importara, y otras y otros como si el asunto se liquidara yendo de compras al mercado de lo religioso para surtir los ingredientes necesarios del propio menú de lo divino?

Hace poco me llegó por correo electrónico la invitación para visitar la página web de una revista de teología; imagino que quien la envió me supone cristiano. El mensaje ni tan oculto de esas páginas es: “cristianos: ¡cuidado con el mundo!”. Hay una gran necesidad de volver al pasado, cuando la aparente fe cristiana lo era todo. Se necesita retomar a ultranza las tradiciones que nos daban una fe, una seguridad. Volvamos a los dogmas tal y como eran vividos hace un siglo.¹⁴ En fin, hay una reacción frente a la incertidumbre de los tiempos actuales mediante la reafirmación basada fundamentalmente en la pura voluntad.

Es la tentación del fundamentalismo. Se presenta como el gran solucionador de la pérdida de sentidos profundos; de identidad unitaria

¹⁴ Hace un siglo el cristiano promedio, clero incluido, pensaba que la manera en que ellos vivían la fe cristiana era la única que había habido, salvo los casos en que los “herejes” habían errado. No había conciencia de la historia y de las distintas formas que el cristianismo ha adquirido en su contacto con las culturas diversas en las que se ha instaurado.

e igualizante: del miedo a la diferencia y a reconocer que el asunto de la fe en el Jesús histórico, el Cristo de los evangelios, es algo más bien personal que meramente social. Se propone vivir el dogma sin cuestionamientos; los ritos como algo que hay que repetir aun cuando no se entienda el significado de los símbolos que utilizan; la moral como algo en lo cual el ser humano ninguna palabra tiene que decir. El ideal es regresar a una cultura de cristiandad, volver al aparentemente “feliz y cómodo pasado”.

Las exposiciones teológicas de los expertos parecen haber encerrado definitivamente todo lo que puede decirse de Dios y los únicos protagonistas reales de la vida cristiana son esos hombres y mujeres que han “abandonado” el mundo para entregarse a un camino de perfección que los hace como de otra especie. Las ellas y los ellos que deambulan por la calle perdidos en ocupaciones vanales “por poco” espirituales no pueden sino acudir a religiosos y sacerdotes para que ellos les indiquen cómo vivir resistiendo los “embates del maligno”.

En esta manera de ver las cosas hay que convencer a como dé lugar a todos de que están equivocados, de que sólo el camino que los autonbrados “auténticos cristianos” es el posible. Los “buenos cristianos” tienen que defender la verdad a ultranza, aun a costa de pasar por encima de quien piense diferente. Ellos ya tienen seguridades.

El otro lado de la moneda del fundamentalismo pudiera ser el adaptacionismo. Ser cristiano es tomar de aquí y de allá, sin más; adaptarse a las circunstancias. Que todo quepa en un jarrito sabiéndolo acomodar. Creer por creer, sin mayor convicción y, posiblemente, sin cambio de vida y compromiso fuerte y duradero. Se trata de un “yo estoy bien, tú estas bien” espiritual.

Que cada quien apague su sed de otras posibilidades. Si para ello hay que tomar de todo, adelante, con tal de sentirse bien, a gusto. Generalmente no importa si el mundo se cae a pedacitos con tal de que uno encuentre las propias respuestas.

Mucho de esta forma de ver recurre al “espiritualismo”, a la “supersición”, al “Dios tapahuecos”: cuando yo ya no entiendo nada, recorro a un Dios que me explique todo. Nutro con él lo más íntimo de mi espíritu y me mantengo a tono con el último grito de la moda de lo religioso. Estar en paz parece ser la consigna. ¿Y lo social y lo político? Por favor, no hay que arruinar la fiesta.

Confesar a Jesús no quiere decir intransigencia, pero tampoco fácil concordismo.

Apostar por el diálogo y la construcción

El final de los años cincuenta y el comienzo de los sesenta se presentaba en prácticamente todo el mundo con terribles tensiones. En lo que tiene que ver con la religión católica las cosas estaban muy polarizadas: tras dos o tres siglos de repliegue eclesial ante lo que era llamado “embates de la modernidad”, numerosos grupos de cristianas y cristianos pugnaban por poder vivir la fe que daba sentido a su vida sin tener que escapar de lo cotidiano.

Fue cuando aconteció el Concilio Vaticano II. Un documento magistral, la constitución pastoral *Gaudium et spes* (1965), planteó las cosas de una manera nueva: no hay que huir del mundo sino abrirse a dialogar con él. Doce años después, Paulo VI en la encíclica *Evangelii nuntiandi* postulaba inculturar el evangelio para evangelizar la cultura; es decir, reconocer lo que ya de humano y humanizante hay en la cultura e integrarlo en el lenguaje y la vivencia del propio cristianismo, al tiempo que desde la profundidad de la experiencia del Evangelio se hiciera una reflexión crítica del aparato valoral de la cultura para aportar lo que Jesús encontró como digno de entregar su vida: los valores del Reino.

Creo sinceramente que hay que dialogar, pero no se trata de llegar a concordismos fáciles. Pienso con Mardones y otros muchos que el punto de encuentro con otras religiones y los buscadores de un mundo más humano “se alcanzará mejor por la vía de la profundización en la propia tradición [...]. No será por la superficie de la esfera como nos encontraremos más fácil, sino profundizando ambos hacia el centro”.

Este es un desafío que encuentro para mí ser coherente en un mundo que clama por caminos humanizantes. En el encuentro con Jesús he ido descubriendo ciertos rasgos del Misterio que me llevan a llamarle Dios, mi padre-madre amor. Entreveo su presencia en lo cotidiano y encuentro que la experiencia de Él se realiza en el ser humano, de manera privilegiada en el sufrimiento que nos interpela pidiéndonos que tomemos postura. Con Jesús entro en la dimensión del sacramento, del

espacio del simbolismo que porta y permite la fiesta, la celebración de un hecho real: que la vida triunfa sobre la muerte. Con Jesús comulgo con un Dios cuya pasión es la causa de las mujeres y los hombres de todo tiempo y lugar.

Cuando uno mira a Jesús y el compromiso de su vida no puede sino admirarse de la causa que lo apasionó: la de contar con las palabras, los gestos y los hechos que el Reino de Dios ya estaba con los suyos. Un poco más de atención permite descubrir que ese Reino no es algo que está lejos, en otra vida, sino el descubrimiento de que Dios ya está aquí y ahora actuando, haciendo posible que la libertad humana construya fraternidad, un mundo más como Él quiere.¹⁵

Si después de esto se vuelve la mirada hacia uno mismo y se mira la vida, cambia la vida y se descubre uno lanzado a impresionantes caminos de humanización abierta y más o menos dialogante. Confieso que este es el trasfondo que da sentido a mi vida, por el cual apuesto todo lo que soy. Esto es lo que quiero compartir sin afanes impositivos, pues lo que gratis he recibido gratis quiero entregarlo si alguien encontrara que también para él o ella vale la pena. Y hacia allá oriento mis esfuerzos humanos y profesionales.

Vivir en el Evangelio del Señor Jesús, lejos de ser factor de discordia puede ser ocasión de búsqueda y encuentro en el centro de la esfera: la vida que se asume en caminos de libertad trascendente; la vida en libertad que queremos acompañar con quienes han hecho de la causa del ser humano la causa de su vida, como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan Bosco y tantos que se encontraron por allí con Jesús Resucitado. Ellas y ellos quedaron tan sacudidos que decidieron que valía la pena jugársela por lo que movió al crucificado: tener vida y tenerla en abundancia. Y muchos de nosotros vibramos por lo mismo... ¿Podríamos recibir una luz encendida para meterla debajo de la cama?

Hoy, gracias al avance de la reflexión teológica y de alguna forma a la crítica religiosa contemporánea, percibimos un rostro de Dios más humano, hemos redescubierto en el Dios de Jesús a un Dios a favor del hombre y en busca del hombre.¹⁶

¹⁵ Cfr. Busto Saiz, José Ramón: *Cristología para empezar*, Sal Terrae, Santander 1991.

¹⁶ Cfr. Gallo, Luis A.: *El Dios de Jesús. Un Dios a favor del hombre y en busca del hombre*, CCS, Madrid 1992.

Por eso, en el espíritu del Concilio Vaticano II es oportuno decir como Casiano Floristán: “Si queremos que los hijos de nuestro tiempo sean cristianos, es preciso que los cristianos seamos hijos de nuestro tiempo”. Dialogar con el mundo de hoy, descubrir las semillas del verbo, que son semillas de humanización, recrear el perfil del cristiano en una fidelidad dinámica al Señor Jesús y la experiencia que de él han tenido muchos y muchas en la historia.

Rasgos de un cristiano de nuestra época

Tras haber dicho que ser cristiano no es algo que pueda decidirse por mera cultura y tradición, porque nuestra cultura opera independientemente de los parámetros religiosos; que no se puede volver fundamentalmente al pasado ni andar recogiendo de aquí y de allá para acallar la sed de espiritualidad que se tiene, como andando al último grito de la moda, ¿cómo imagino yo que debe configurarse una vivencia cristiana para nuestros días? Sugiero unos rasgos que pueden vislumbrar ligeramente un perfil, pero que no pretenden agotarlo. Ciertamente procuro verme reflejado en lo que señalaré, pero es cierto que también percibo a muchas y muchos de ayer y hoy, cuya experiencia profundamente humana ha dado a su seguir a Jesús una talla impresionante, aun en el relativo anonimato que nos procuran nuestros días.

- Ser cristiana y cristiano hoy requiere de un *real y definitivo encuentro con Jesús*, el Cristo, que vive y está aquí jugándose por un mundo más como Dios quiere. De esto brota una *opción personal seria y comprometida*. Hoy no basta decir: “porque así me enseñó mi familia”, aun cuando se valore lo importante que pudo haber sido ésta en la propia biografía de fe. Tampoco bastan las tradiciones ni el lenguaje de cristiandad de nuestra cultura, que de tanto uso muy poco de cristiano conservan. No se trata de que la comunidad cristiana sea formada en montón, sino en el uno a uno del sí personal que se contagia por la novedad de vida que comparte.

Allá por los años sesenta el teólogo jesuita expresaba esta intuición diciendo: “el cristiano del futuro o será un ‘místico’, es decir una persona que ha ‘experimentado’ algo, o no será cristiano”. Es aceptar el

desafío de caminar aun cuando los apoyos exteriores de la fe vayan disminuyendo.

- Seguimiento de Cristo hoy más que nunca quiere decir *diálogo*: completa disponibilidad a escuchar a los demás, a la propia y las otras culturas, con el afán de descubrir qué todavía hay de humano y humanizante por aquí y por allá. Al mismo tiempo, se trata de no tener empacho en proponer lo que al lado de Jesús se ha descubierto de dinamizador del ser humano.

Dialogar para construir un mundo en el cual, efectivamente, la gloria de Dios sea la gloria del hombre. Claramente a partir de Jesús nada humano hay que sea indiferente para lo divino, aunque esto no se agote en aquello.

Dialogar, entonces, asumiendo el riesgo de vivir a la intemperie, renunciando a crear un “submundo” católico, sólo para iniciados, que tenga sus propios códigos, sus propios lenguajes, incluso su propio partido político. Submundo protector para los cristianos pero irrelevante en un mundo en el que pudiera estar llamado con otros a ser sal, levadura.

- Cristianismo dialogante quiere decir *cristianismo capaz de dar razón de la propia fe, de la propia esperanza y del propio compromiso amoroso en la justicia*. No se puede andar por el mundo creyendo tan sólo por creer, por mera voluntad. Conocer a Jesús se vuelve una necesidad y la vida se torna profundamente orante (y no sólo “rezante”). Y se acepta el riesgo de intentar formular con palabras siempre provisionales esa profunda experiencia, hacer “teólogos”, teología, con la Palabra de Dios y la vida diaria en la otra.

Y reconociendo que hay en la experiencia de fe de muchísimas y muchísimos que en los últimos veinte siglos han encontrado verdaderamente una buena noticia con Jesús, muchísimo que ir integrando en una tradición siempre viva, que se entiende renovadamente, se critica y se enriquece con la propia vida, reflexión y oración.

- Dar razón de la propia experiencia de fe no significa reducir todo el asunto a enunciados omniabarcantes que todo mundo deba aprender por recitación. Vivir cristianamente hoy significa aceptar *comunicar la propia experiencia de fe de manera evocativa, humilde, narrativa*. Las palabras de fe son portadoras de un inmenso misterio que no es reducible a nuestros signos, menos a los denotativos, como los que tratan de emplear al menos algunos científicos.

Se trata de *asumir la gran riqueza del mundo simbólico*, con el cual uno se anima a narrar lo de Jesús, metiendo sin falsas pretensiones la propia vida por delante, aceptando que uno no tiene por su fe la respuesta a los cómo del cambio que tantas y tantos desean en un mundo difícil —como en otros tiempos también ha sido difícil—. Se trata de decir: “no sé cómo, pero te platico lo que ha pasado en mi vida y por lo cual no puedo sino mirar el futuro con esperanza porque sé que al final la vida triunfa sobre la muerte, la luz sobre lo oscuro”. Hoy no se puede seguir siendo cristiana y cristiano vergonzante, sino clara, decidida y solidariamente confesante... ¿Tiene sentido encender una vela y esconderla debajo de la cama?

Caminar por el mundo al estilo de Jesús conlleva la necesidad de *articular la vida en comunidades pequeñas de fe compartida y calor humano*. Espacios de real fraternidad compartida dispuestas a crear siempre la gran comunidad de comunidades. Dar significado profundamente humano y humanizante a las necesarias mediaciones sociales.

Vivir de fe es *vivir con los pies bien puestos en la tierra, gozando la vida*¹⁷ por estar ciertos de que en Jesús lo “sagrado” no está lejos de los seres humanos, sino con ellos, en su mundo, en ellos mismos. Se trata de *contemplar la vida desde la encarnación y la resurrección: leer con profunda interioridad aquí y ahora* los signos que nos hablan de que ya la vida triunfa sobre la muerte, de que ya el hombre nuevo y la mujer nueva han nacido. Y esto conscientes de que lo ya ha ocurrido avanza hacia algo más pleno.

Encontrarse con Jesús, vivir viendo con él los signos de la vida, lleva a *vivir celebrando* que lo de Dios y su gran pasión por la causa de los hombres y las mujeres ya es real, y lo ha sido a lo largo de los últimos veinte siglos. Celebrar hoy es una invitación a redescubrir el valor de los sacramentos, *resignificar los símbolos* con los cuales las generaciones han pasado a sus sucesoras la gran noticia de lo que en su vida acontece. La liturgia se vivifica también cuando las comunidades se animan a *recrear los símbolos*, a proponer nuevas expresiones festivas que dan razón de qué es lo que da sentido profundo y último a la existencia de los hombres y mujeres que en ellas caminan.

¹⁷ Cfr. Tonelli, Ricardo, Una espiritualidad para la vida diaria. Propuestas para un proyecto, CCS, Madrid 1987.

Compartir la buena noticia de Jesús no sólo es testimonio y palabra, es también compromiso de *transformación del mundo*, que la fe, la esperanza y la caridad se operen en la justicia, máxime que hoy por hoy el abismo entre unos pocos y la inmensa mayoría crece, al tiempo que las relaciones con la naturaleza se han ido deteriorando. Hay en la vida de Jesús muchos elementos que nos hablan de que andar en su onda tiene que ver con acciones concretas. Y con la clara conciencia de que aunque somos muy limitados, que nuestras búsquedas son pequeñas, algo puede ser desde ya.

Estos rasgos y más pueden delinear eso que podría llamar ser cristiano en la época que nos ha tocado, la única que tenemos para vivirla. Todo ello se afinará en el rostro de cada una y cada uno que encuentre que aquello que les da razones para vivir es el mismo Dios de Jesús.

Y en el mundo que nos ha tocado vivir esto tendrá la forma que se quiera y pueda darle y no como algo solamente posible y deseable para después, sino como algo que ya hoy puede acontecer.

La invitación de Jesús está hecha; la última palabra está allí donde sea todavía urgente jugarse la vida en un proyecto de fraternidad como el que vivió Jesús y con el cual nos predicó que el Reino de Dios ya está con nosotros, como su presencia acá, que con el amor de su Espíritu y el compromiso de nuestra libertad nos lleva a caminos de plenitud de ser.

Recorrer hoy los caminos de Dios y con él es, como ayer y mañana, andar los senderos de la humanización. Visto desde Jesús esto se expresa como lo hicieron los padres de la Iglesia, cuando señalaron: “La gloria de Dios es la gloria del hombre”.